

Las mujeres, “apuradas”, dan los últimos toques a las vestimentas de “su hombre”, y a las propias, recién sacadas del fondo del arca, cambiando ahora –que es el momento- la ropa de diario, trabajada, por esa otra blanca recién planchada y tal vez de olor a membrillo.

El cura ya se está revistiendo... y todo ha de estar a punto para la misa y la procesión que va después: el pendón, los estandartes...

Comienza por fin la esperada misa –“de tres y con humo”- y desde el coro, las voces de los mozos, poco acostumbrados a los cánticos, van cada una a su aire, como de por libre.

(Es obligado el saludo de los forasteros que llegan a la fiesta y el de los del pueblo).

Mientras acaba la misa, los hombres, en la Solana, hablan de la cosecha, de la trilla... y, al cabo, se da paso a la procesión. Se repasan, en el último momento, todas las cosas necesarias.

Delante los mozos van dando tiros de júbilo y alegría y, detrás, los chiquillos hacen sonar las campanillas y así, durante la procesión, los hombres hablan de lo suyo y las mujeres también, hasta el momento esperado de la subasta de las roscas “untás” y de los maneros del santo, que se hace en celemines de trigo, a tanto el celemín, y que presiden las “fuerzas vivas”, que para la ocasión se atavían con la capa parda –heredada de sus padres o de sus abuelos- a pesar de la sofoquina estival. Se bebe vino a la espera de la hora de la comida. Es un vino agriete, de Barcones, y además es caro, a 15 reales la arroba.

Se cuentan bravuconadas, esperando llevar cada cual algún forastero como invitado a su casa, como señal de distinción y hospitalidad, a dar buena cuenta de la sopa de cocido, los garbanzos y la carne, amén de alguna que otra chuleta succulenta, y la “ensalá”.

Tras la sobremesa comienza la ronda. Canta el de La Boderá, y otros más. Luego hay baile hasta la cena, y tras la cena, nuevamente, baile y a dormir, que al día siguiente, -ya mañana- será San Roque, el santo patrón, y nos despertarán –como siempre- los de la ronda, que sin haber dormido apenas, pedirán bolos y anís, entre beodos y cansinos (o las dos cosas a la vez).

Y así se acaba la víspera que mañana, ya se ha dicho, será otro día.

Finaliza la composición poética con una larga despedida amistosa...

Aquel hombre, como bien decía López de los Mozos, era un hombre inteligente y de gran cultura, puesto que era maestro desde unos cuantos años atrás, y no, no se encontraba en la mili, o en el ejército, como nos aventuraba. Ciertamente se encontraba lejos de Naharros, y de Guadalajara, estaba destinado, como maestro de niños, en la escuela del municipio gallego de Aldurfe, en la parroquia de Riotorto-Ferreiravella, en la provincia de Lugo.

Por tierras gallegas llevaba algunos años. Tres o cuatro que no venía por Naharros, ya que un motivo de mayor fuerza se lo impedía, puesto que estaba en vías de traslado a un nuevo destino, pues acababa de ser nombrado maestro interino de la escuela de Rao, en Navia de Luarca, también en la provincia de Lugo.

¿Quién era Modesto Manzanero Gismera?

Nació, Modesto Manzanero Gismera, en los últimos años del decenio de 1880, con casi toda probabilidad en 1888 u 89, en Naharros, hijo del matrimonio compuesto por Pedro Manzanero Somolinos y Nicanora Gismera Pérez, ambos naturales de Naharros, en donde Modesto fue bautizado en su iglesia parroquial de San Juan Bautista.

El matrimonio tuvo tres hijos más, Elías, Paula y Juliana, a los que, como a Modesto, trató de darles estudios en uno años y una comarca en la que por aquellos años resultaba harto difícil la vida, sin mayor industria cercana que las ya prácticamente arruinadas minas de plata de Hiendelaencina, y el recurso, duro siempre y en tierra feraz mucho más, de la agricultura y la ganadería.